

ONCE

Cuando Andrea despertó, los brazos de Miguel parecían estar hilvanados a su cintura. Lejos de esbozar una sonrisa o fingir que aún no se había despertado, tenía la sensación como si una especie de bolitas le picaran por adentro de la boca. No sabía si el asco provenía de la respiración de Miguel sobre su nuca o de su halitosis mañanera, sólo tenía la certeza de lo intolerable que le resultaba su cercanía.

Fue a encerrarse al baño y enseguida se vio en el espejo pálida, ojerosa, flaca, horrible; le pareció que su padre lucía mejor que ella el día de su funeral. Se lavó la cara pero la fealdad permanecía ahí, en su reflejo, entonces notó que había un cigarro de marihuana sobre la tapa del escusado. *Hoy no. Hoy quiero estar conciente de lo patética que soy.*

Al salir del baño, Miguel continuaba dormido.

¿En qué punto cambié al amor por el asco?

Se acercó donde yacía su novio y observó por un largo rato su cabello rizado, sus cejas tupidas, el tono bronceado de su piel que llamaba a las miradas de otras mujeres, aunque a ella ya no le importaba.

¿Por qué sigo contigo que ya no me provocas nada?

Le dieron ganas de cortarles sus chinos y quemarlos.

Debería dejarte. Abrir y cerrar esa puerta por última vez sería muy fácil.

Miró hacia la puerta.

Entonces, ¿por qué no lo hago?, ¿por qué sigo sentada junto a ti, pensando todo esto sin hacer nada?

Comenzó a jugar con los dedos de sus pies.

¡Ya sé!, tú me repugnas, pero más me aborrezco yo al no ser capaz de dejarte.

Se mordió los labios.

¿No te doy asco yo también que ya no soy ni la sombra de quien conociste?

Andrea se levantó de la cama con un movimiento brusco y dejó el departamento. A ella ya no le importaba Miguel y terminaría regresando.

Cuando salió del edificio no sabía hacia dónde dirigirse, solo caminó hasta dar con las escaleras de una estación de metro. Mientras aguardaba en el andén por el siguiente vagón, se mordía las uñas con nerviosismo, balanceaba su cuerpo de atrás hacia delante mientras dibujaba con lápices invisibles a su cuerpo ensangrentado sobre las vías. Tal vez la pincelada roja en la que deseaba convertirse le daría más color a ese espacio tan gris.

En cuanto se subió al vagón pudo observar con mayor detenimiento lo exánime de su entorno, las caras largas de los usuarios que poco a poco se iban sumiendo en sus propios cuellos. Andrea tuvo una urgencia de vómito con el hedor del sudor, el olor de las garnachas, y la cotidianeidad, casi tan asfixiante como una cámara de gas. La sangre se le fue de los labios, empezó a ver puntos inexistentes en un ambiente cada vez más negro, si no fue porque el vagón se detuvo y casi se vació en la estación, se hubiera desvanecido ahí mismo.

Sacó un chicle de uno de los bolsillos de su pantalón y su paladar se impregnó de hierbabuena, aunque no pasó mucho tiempo para que percibiera cierta humedad pegajosa en sus mejillas. *No, no quiero llorar.* Pero era incontrolable, ajeno a ella, y mientras más se esforzaba en contenerlo, más ganas le daban.

Una vieja le ofreció un kleenex; sentada junto a ella estaba un niño pequeño que la observaba con sus grandes ojos. Andrea se sintió apenada, le agradeció a la señora y se secó las lágrimas con rapidez.

El vagón volvió a detenerse. La vieja y el niño se levantaron para dirigirse hacia la puerta. El niño volteó hacia Andrea, le sonrió con toda la amplitud de su boca para despedirse y las lágrimas se detuvieron.

Cuando Andrea salió a la calle, el día estaba nublado y el viento frío le dolía en las rodillas, empero, a Andrea le gustaba

la ciudad después de la lluvia pues le parecía que todo adquiriría una coloración distinta, incluso cuando la gente conservaba su tono monocromático y pasos autómatas. Tenía que ser por la sonrisa infantil que le dedicaron; cada paso que daba era una nueva experiencia para los dedos de sus pies, el roce que producían las llantas de los coches mientras rodaban sobre el pavimento mojado le resultaba un exquisito sonido. Los sentidos de Andrea estaban tan despiertos en ese momento que hasta el más insignificante detalle le producía un pequeño placer. Las pequeñas chispas de agua que caían sobre su cara, los trinos perdidos de unos pájaros, el vaho que salía de su boca y se prolongaba con el humo del cigarro.

Después de la lluvia, las calles y las personas se veían diferentes.

Se dirigió a la misma cafetería de la tarde del granizo, tomó un lugar junto a la ventana y observó esas ridículas letras doradas que entorpecían la vista hacia la calle. La tarde nublada le recordó a su madre, a Luciana y a Natalia; lo menos que podía hacer ese día era visitarlas.

Cuando salió del lugar, lo que menos esperaba era una coincidencia pero ahí estaba, a tres metros hacia su derecha. Dentro del grupo de cinco hombres trajeados que conversaban en la calle mientras esperaban por una mesa, distinguió la mirada que el otro día le hizo actuar de la manera más infantil. Era el mismo sujeto de aquella ocasión al que no podía quitarle la vista de encima. Por un momento se quedó petrificada, fría de la intensidad con la que aquel hombre la veía de nuevo. Pero Andrea no quiso verse torpe como aquella vez y le sonrió de tal manera que la aparente dureza del otro se resquebrajó con otra sonrisa. Entonces Andrea le dio la espalda y empezó a caminar, no sin antes voltear de nuevo para comprobar que aquel hermoso misterio la seguía viendo.

Entre las coincidencias y el asco, a Andrea le podrían haber crecido unas gigantescas alas mientras devolvía el estómago.

DOCE

“¿Cómo te llamas?” es una pregunta esencial, casi obligada entre desconocidos, que podría contribuir a que fluyeran los primeros diálogos entre Ethan y la extraña. También podrían comenzar a platicar sobre el vino que están tomando: qué cosecha es, de qué año, de qué región, si lo encuentran seco, afrutado o ácido, pero ninguno de los dos sabe gran cosa de los vinos (ni siquiera Ethan que es de sangre francesa). Así que ahí están los dos, en silencio, con sus copas en la mano y sin saber qué decir.

Seis palomillas circundan de modo suicida el foco que ilumina el porche, el sonido que emiten cuando chocan contra el cristal reverbera en la atención de Ethan y la extraña, quienes las observan como si fueran ellos los que buscan estrellarse contra la luz artificial. Finalmente, ella dice:

-¿Por qué las palomillas siempre estarán pegadas a los focos?

A Ethan le resulta una pregunta oportuna. Nunca se ha sentido cómodo con el silencio inicial de dos personas desconocidas.

- No estoy seguro, alguna vez leí que hay muchas teorías al respecto aunque ninguna ha sido comprobada.

- Yo sabía que es porque siempre están buscando la luz de la luna y como su referente más directo son las luces artificiales, pues se quedan ahí. Aunque no entiendo porqué lo hacen si terminan muriendo achicharradas.

- Pues... entonces no son tan distintas de nosotros.

- ¿Por qué lo dices?

- Porque hay veces que sabemos que quedarse ahí, cerca de lo que nos deslumbra, es mortal. Pero somos tan tercos que no nos importa y nos quedamos.

Ella lo mira como si fuera a contestarle, pero lo que acaba de decir Ethan le cayó tan pesado que ahora mismo se siente como si fuera una palomilla. En la mandíbula, tiene aglomerada la razón por la cual se fue a vivir a la playa, pero no se atreve a confesarlo. Algo percibe en Ethan que le hace creer que él la entenderá, pero opta por dejar el tema acallado, como lo ha estado durante tres años. Se limita a responder:

- Odio a las palomillas.

Ethan no puede contener la carcajada al escucharla.

- ¿Qué? - le pregunta ella sin comprender la risa.

- Nada, nada, que no conozco a alguien que no odie a los insectos.

- ¿Y no me digas que tú no?

Aparento que me dan igual, quiso responderle Ethan mientras mira cómo las palomillas vuelan hacia atrás y la luz artificial del foco se transforma en aquella que alumbraba su libro de Moby Dick a los 10 años. A esa edad, sentía una fascinación tremenda por los autores clásicos que sus padres le daban a leer: Mark Twain, Louis Stevenson, Julio Verne, H. G. Wells. Pero ahora que lo piensa, le parece una tremenda coincidencia que ante lo que le sucedió aquella noche, él estuviera inmerso con el cachalote blanco, encarnación del mal.

En las líneas que sus ojos devoraban, el capitán Ahab estaba a punto de toparse con el temible Moby Dick cuando Ethan fue sorprendido por una extraña sensación en su pierna que confundió con comezón. Después de rascarse la pierna, volvió a tomar el libro, avanzó hasta la parte en la que finalmente el cachalote hacía su trágica aparición, y a Ethan le regresaron las ganas de rascarse. Luego se quedó pensando que no era comezón, pues dicha sensación era más extraña, como si tuviera una ramita atorada en el pantalón de pijama.

Entonces se levantó de la cama y saltó para sacudirse, pero la molestia se pasó debajo de la rodilla. Intrigado, se alzó el pantalón de pijama hasta el muslo y con horror vio a un insecto negro de ocho patas, aferrado a su piel.

- ¡Mamá!, ¡papá! - comenzó a gritar desesperado, pero sus padres estaban abajo cenando con unos amigos.

Ethan comenzó a sudar, las piernas le temblaban, sus latidos aumentaban su frecuencia de un modo vertiginoso. Por más que agitara su pierna el bicho se empeñaba en caminar hacia su muslo. Entonces dedujo que sacudir la pierna no sería suficiente, tomó una regla que estaba sobre su escritorio y con la valentía de mil

hombres logró despegarse al insecto. Cuando lo vio en el suelo, de inmediato lo pisó con un zapato.

Pero Ethan estaba tan espantado que no quería moverlo de donde estaba. ¿Cómo?, ¿así como le hacía papá?, ¿con un kleenex para echarlo al escusado? ¡No!, que tal que revivía esa cosa y ahora se le trepaba a la cara. En un ataque de pánico, destendió su cama, la revisó de arriba abajo, y cuando se cercioró de que no había nada, se volvió a acostar, aunque ya no quiso apagar la luz y se durmió con los ojos casi pegados al cadáver invertebrado.

Cuando despertó al día siguiente, le impresionó ver que un ejército de hormigas estaba terminando de llevarse el cuerpo. ¿De dónde salieron?, jamás lo supo. Pero ese artrópodo que mató las alimentaría por unas semanas.

Ethan despega su vista del foco y evade la pregunta que ella le hizo.

- ¿Quieres más vino?

Ella acepta, aunque hubiera preferido que le contestara.

- Si te molestan las palomillas podemos estar adentro - le sugiere Ethan.

Ambos toman su silla y entran a la casa donde estarán resguardados de las ronchas gigantes, las palomillas, las hormigas coloradas y las cucarachas.

TRECE

Cuando entró al cuarto de su madre, la encontró dormida junto a Natalia y le pareció que formaban una linda imagen. Tal vez a Mary Cassatt le hubiera gustado retratarlas con su sencillez impresionista, aunque en vez de usar los reflejos azules de la televisión, las hubiera iluminado con unos destellos áureos. Andrea se quedó contemplándolas por unos instantes y besó a su madre en la frente. Luego regresaría a visitarla.

El recorrido del cuarto hasta la estancia le abrió un gran apetito de nostalgia, pues desde aquella conversación con su padre no había vuelto a poner un pie ahí, en la casa donde creció.

Analizó con atención cada una de las paredes, de los muebles, de los adornos de cerámica que le conferían vitalidad a lo que alguna vez consideró como lo más importante. Tampoco pudo evitar acostarse en su sillón preferido para dejarse confortar por la suavidad de aquellos cojines.

Con la cabeza recargada en sus antebrazos, Andrea observaba con entusiasmo cada rincón de la sala: la mesa de centro a la que una vez le tronó el vidrio, el rincón junto a la chimenea artificial en el que le dieron su primer beso, las litografías de Renoir que su padre compró en el centro de la ciudad, y el librero donde estaban los álbumes familiares que a Judith le encantaba sacar cuando había invitados.

Andrea tomó un álbum que tenía una etiqueta con su nombre y lo abrió; las primeras fotografías eran de ella cuando estaba recién nacida. Luego, llegó a sus primeras fiestas, las vacaciones en la playa con un bikini amarillo, cuando la vestían igual que a Luciana, y jugando a la comidita con muchas muñecas a su alrededor. Con esas últimas imágenes se detuvo más tiempo; había algo que le llamaba la atención y no era por la calidad fotográfica. Eran ella y su expresión dulce, inocente y pueril a los cuatro años. De pronto, le vino aquella conversación con su padre:

-¿Qué ha pasado contigo?, ¿por qué ya no sonríes como solías hacerlo?

La supuesta estabilidad que había conseguido con la sonrisa del niño en el metro, con el segundo encuentro con su hombre misterioso, comenzó a balancearse bruscamente. No eran las manos regordetas ni el vestido azul que tanto le gustaban, tampoco sus zapatos nuevos ni el collar de silbatos que estaba de moda: era el enorme gesto sonriente de minúsculos dientes, el que la inmovilizó ante la imagen de su yo, veinte años atrás.

A medida que iba pasando las hojas del álbum, el corazón se le encogía al observar cómo su existencia se convertía en una más: el mismo uniforme para primaria, secundaria y preparatoria; la fiesta de graduación que nunca fue especial; la universidad privada que

la acogió con una carrera que no le había servido de nada; la aparición del idiota de Miguel, y por último, una foto de ella, ocho meses antes de dejar su casa, que le pareció repulsiva.

Andrea se sobresaltó cuando escuchó ruidos en la entrada principal y su primera reacción fue esconderse detrás del sillón. Se asomó y vio que era Luciana quien entró y le echó llave a la cerradura. Se escondió lo más que pudo para que su hermana no la viera, tenían dos años de hablarse y en ese momento no tenía ganas de un acercamiento.

Luciana apagó la luz de la estancia y subió las escaleras, luego, se escuchó un portazo. Andrea se levantó con el mayor sigilo posible, puso el álbum en su lugar y se fue antes de que a su hermana se le ocurriera bajar por algo.

Mientras se dirigía hacia el metro, se topó con el cadáver de un gato entre unos arbustos. Se detuvo para observar al felino cuando salió un insecto negro de la boca del animal. *Qué casualidad, pensó, ese animalejo y yo sobrevivimos con lo pútrido. Soy un insignificante bicho negro como este. ¿Podrá algo o alguien aplastarme?, ¿estrujarme sin piedad contra el pavimento? Alguien debería hacerlo como yo quiero hacerlo con este insecto.*

Andrea se sintió tentada para pisar al bicho, pero no hizo. Ya todo le daba igual.

Cuando llegó al departamento lo que más deseaba era no encontrarse a Miguel, pero los ronquidos provenientes del cuarto la despojaron de toda esperanza. Se metió a la cama esperando conciliar el sueño, pero con el escandaloso exhalar de Miguel, era imposible. *Una almohada en su cara sería suficiente para asesinarlo.* Así que se levantó de la cama, tomó unos discman que le parecieron ridículos y obsoletos, y se fue a echar a la estancia. Le subió el volumen a todo lo que daba, quería perderse en el estrépito de los decibeles, para no pensar. Por un momento lo logró hasta que el Bicho Negro hizo su tremenda aparición en el marco de la ventana. Andrea clavó su vista en él.

- Otra vez tú... el segundo encuentro de la noche. ¿No vas a dejarme en paz verdad?

Se quitó los audífonos y se paró junto al Bicho Negro. Observó su cuerpo acorazado, las tenazas que sobresalían de su cabeza, la pareja de ojos que parecía confabularse contra ella y de la curiosidad pasó al miedo y se alejó rápidamente de la ventana. El miedo era real, sintió temor de esa cosa que le recordaba a ella y sin pensarlo dos veces, regresó al lado de Miguel que se despertó.

- Estás temblando...

- Tengo mucho frío

Miguel la atrajo hacia sí y le pasó una mano por la espalda para calentarla.

-¿Ya estás mejor?

- No.

La apretó fuertemente mientras jugaba con su cabello, pero Andrea no podía dejar de pensar en la imagen del Bicho.

CATORCE

A raíz de las palomillas, Ethan y la extraña finalmente pudieron entablar una conversación. Ahora mismo platican sobre cosas tan comunes como las cosas que no les gustan.

TERMINAR CON QUE SE TRATA DE LUCIANA.

- No sé porqué no te lo pregunté antes, ahora me da pena preguntártelo...

Ella se ríe.

- ¿Qué es tan gracioso? - le pregunta Ethan.

- Que tienes razón, desde hace un rato yo también te lo quería preguntar pero me daba pena porque ya había pasado un rato.

- Pues que penosos salimos los dos. Bueno, entonces, ¿cómo te llamas?

- Luciana ¿y tú?

- Ethan - quien se lo soltó con una voz lejana, extremadamente lejana. Era demasiada casualidad que Luciana se pareciera a la mujer que quiere olvidar y que encima, se llame como su hermana.

